

LOS ADILOSES PÓSTUMOS

SERGIO VILLANUEVA

LOS ADIÓSES PÓSTUMOS

algaida



Imagen de cubierta: García Poveda

Primera edición: 2024

© Sergio Villanueva, 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-891-7

Depósito legal: SE. 339-2024

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I. ECLIPSE	13
II. TRAYECTO	39
III. MEMORIA	83
IV. GUERRA	123
V. CONCIENCIA	163
VI. REENCUENTRO	271
AGRADECIMIENTOS	361

A Rosa

«Cuando muere, todo el mundo debe dejar algo detrás, decía mi abuelo. Un hijo, un libro, un cuadro, una casa, una pared levantada o un par de zapatos. O un jardín plantado. Algo que tu mano tocará de un modo especial, de modo que tu alma tenga algún sitio adonde ir cuando tú mueras, y cuando la gente mire ese árbol, o esa flor que tú plantaste, tú estarás allí. No importa lo que hagas —decía—, en tanto que cambies algo respecto a como era antes de tocarlo, convirtiéndolo en algo que sea como tú después de que separes de ellos tus manos. La diferencia entre el hombre que se limita a cortar el césped y un auténtico jardinero está en el tacto. El cortador de césped igual podría no haber estado allí, el jardinero estará allí para siempre».

RAY BRADBURY
Fahrenheit 451

I. ECLIPSE

ECLIPSE DEL 3 DE OCTUBRE DEL AÑO 2005. MADRID, 10 horas, 55 minutos, 56 segundos. El parque del Retiro comienza a ser cubierto por un frío irreconocible. Hay un cambio súbito de textura en la luz matinal. Van surgiendo por los alrededores rostros en silencio con especiales lentes bicolors, como de juguete, azules y rojas. Son gafas cuadradas de papel que impedirán el posible daño en los iris y las córneas. Algunos se prestan al envite estelar ejerciendo de druidas con zapatillas y vaqueros, manejando pueriles inventos con improvisados telescopios y extrañas ópticas. Los hay que se abrazan, en plena comunión de mutismos y sonrisas. Quizá porque no saben hacerlo un día normal. Quizá porque el violeta reina calladamente de un modo denso y puro en los semblantes de ciertos niños maravillados y rubios. Los ramajes de abedules y pinos se mimetizan en sombras extrañas en los caminos que circundan el Palacio de Cristal. Rebotan en su elegante y vidriosa estructura haces de luz. Parecen diminutas hadas que dispersan su juego y diamantina travesura como litografías que saltaran de las páginas de un cuento infantil. Se desparrama visible una energía cuántica sublime. Se polariza en el sueño y en las miradas lo quimérico. Hay un alrededor de leyenda, un callado mensaje de

armonía de los universos. Es el lenguaje de los corazones fluyendo por cada rincón del estanque de ese palacio acristalado que se erige dócil y cortés frente a esa alfombra casi de gelatina de plata.

Las decenas de patos y cisnes arrebuja su desconfianza entre las tímidas vegetaciones acuáticas. Hay un alrededor cárdeno y diamante, de certidumbres o incógnitas. Hay quietud de quietudes. Hay silencio de silencios. Comuni3n de astros a lo lejos o a lo cerca. Todo anuncia un mensaje de paz y esperanza tal vez lanzado a los hombres, a las mujeres, a las razas, a los credos y a las ideologías: Si dos elementos tan distintos como el sol y la luna pueden llegar a entenderse de esta casi imposible manera, ¿cómo no vamos a poder nosotros arreglar nuestras pequeñas diferencias sin la necesidad de inútiles furias ni armas?

No muy lejos de allí, a una altura que supera la de los abedules del parque, una pequeña buganvilla rodea un ventanal medio abierto por el que desemboca la agitada tela de una clara cortina y el sonido presumible de un apagado grito. Justo en el ático de un edificio que disfruta frente a sí de la totalidad verdosa y casi latente sobre la que se asienta el eclipse. El lamento, pungente e intenso, corresponde a un hombre joven. Conduce ese ominoso sonido de muerte a un pasillo cuyas paredes se encuentran inundadas de centenares y centenares de libros, custodiados por varias fotografías en sepia, color y blanco y negro. Vestigios que resumen la historia de tres generaciones de una familia, que desembocan en la puerta ligeramente abierta de una habitación ocupada por un dolor mordido y penúltimo.

La estancia desprende una casi sensación de fría ausencia. Porque hay una marchita soledad inundando ese cuarto repleto de apuntes y cuadernos desparramados en la cama me-

lindrosa. Y en medio de todo ello, una figura masculina y joven, pero muy enferma, que camina encorvada y con dificultad en la pierna izquierda, desde la cama hacia un escritorio en el que hay un ordenador portátil. El hombre llega a su escritorio. Se deja caer en la silla con una queja. Lleva puesto un deslucido pijama de color gris. Está frente al teclado. Abre el correo. Sus blanquecinas y delgadas manos redactan con dificultad un *e-mail* dirigido a...

smartín-santos@martín-santos.com.

Sonríe al clicar en la opción de «Enviar». El *e-mail* recorre la distancia de media España. Es entonces cuando muerde un último grito de dolor y se derrumba, antes de llegar a su cama. Pero no cae. No del todo. Un brazo firme y seguro le impide caer al suelo. Se trata del brazo de un hombre delgado que viste como un auténtico cuáquero de hace dos siglos. El sorprendente hombre de otra época acompaña al joven enfermo hacia la cama mostrándole un gesto amable que concilia. Lo ayuda a introducirse en ella con sumo cuidado. Una vez dentro de las sábanas no tiene el aliento necesario para emitir las palabras que quisiera, pero puede indicar con un gesto que pretende algo que no alcanza y que permanece envuelto. El señor de otro siglo lo mira, comprende y se lo acerca. Se trata de un paquete casi plano y cuadrado. El agonizante enfermo lo deja apoyado entre su pecho y las sábanas. Comienza a dibujar otra leve sonrisa en sus labios reseca cuando el insólito guardián de perfil heroico le indica en silencio, y asintiendo con la cabeza, que ahora sí ha llegado definitivamente su momento.

Es entonces cuando sucede el último pensamiento del moribundo. Un pensamiento que queda fijado en ese señor de ropas oscuras y pañuelo enlazado en el cuello. El hombre joven se va desprendiendo irremisiblemente de esta existencia sin cerrar los ojos, agarrando fuertemente la mano del otro hombre

antiguo y extraño, sabiendo que toda huida tiene una encrucijada, que todo viaje tiene un regreso y que ya nunca llegará a añadir un año más a esos treinta y cinco que cumple ese mismo día, cuando la luna oculta por completo esa misma mañana al sol madrileño.

ECLIPSE DEL 3 DE OCTUBRE DEL AÑO 2005. VALENCIA, 10 horas, 59 minutos, 54 segundos. Una mujer de la misma edad contempla unas gráficas y resultados en la pantalla de su portátil. El ordenador descansa sobre una gran mesa lacada en blanco, a juego con la totalidad de su elegante y amplio despacho. Prefiere mantenerse ajena al acontecimiento que muchos otros presencian con cierta excitación infantil y asombro. Mucho más importantes que un tonto eclipse para ella son las cifras y balances que no cuadran esa mañana en su pantalla. Casi todo el mundo en las oficinas de ese mismo edificio de la calle Colón, o de cualquiera de los edificios de la calle entera, se encuentra asomado a las ventanas con lentes especiales bicolores, casi de juguete, azules y rojas. El eclipse comienza a ser total también en el cielo de la ciudad mediterránea. Suceden los mismos designios sutiles que solo muy pocos son capaces de percibir. Las mismas sensaciones dulces e inexplicables en los corazones de quienes han dispuesto su tiempo y su alma para la recepción perfecta de esa fiesta de los astros. Hay gente que no vivirá nunca ese momento a los niveles de las sencillas personas que sí contemplan la posibilidad de dedicar el tiempo que haga falta a la escucha de lo invisible.

Porque hay gente prudente que tiene que dedicar la totalidad de su tiempo a la gravedad de los números, gráficas, facturas, divisas y valores graves en alza o baja como los del ladrillo y el cemento.

Eso mismo le sucede a ella. Su pelo castaño con destellos dorados está recogido con una elegante coleta. Se sirve de unas distinguidas gafas bifocales de Dior para poder atender a pantallas de ordenador y circunspectas colecciones de folios y carpetas.

En el momento justo en el que detecta una importante irregularidad en las cuentas, en la misma pantalla del ordenador, sucede un aviso de recepción de un nuevo correo. Decide abrirlo. En ese preciso instante en el que su dedo presiona la tecla de *enter*, es cuando acontece también íntegra en la ciudad de Valencia, la totalidad anular del eclipse.

Sofía Martín-Santos —ese es su nombre, ese su apellido— lee el correo. Tras unos segundos en silencio, gira la mirada hasta dar con sus dos teléfonos móviles alineados a la perfección a su derecha. Se quita las gafas con un ademán fino y tenso al tiempo que resopla. Sin desprenderlas todavía de su mano, acciona el botón del teléfono fijo para pedir a su secretaria que acuda al despacho. En el tiempo que le cuesta encender otro cigarrillo entra una mujer más o menos de la misma edad que Sofía, aunque de cuerpo más rotundo, más de mujer, más de esa forma ineludible en que quedan las espaldas, las caderas y los brazos femeninos tras el tercer parto.

—¿Tienes mucho lío con lo de Castellón? —indica Sofía tras expulsar prolongada y finamente el humo de la primera calada, y al tiempo que regresa las gafas a sus ojos.

—Bueno, sí, algo de lío; pero dime qué necesitas —responde solícita.

—Necesito que llames a mi hermano.

Por unos instantes la sola mención del hermano de su jefa y mejor amiga provoca una contracción en el rostro de Eva Martos.

—¿A Marcelo?

—Sí, a Marcelo; no tengo otro hermano, Eva.

—Ya sé que no tienes otro hermano.

—Lo vas llamando hasta que des con él —añade cortándola y sin mirarla—. Y, si es necesario, no hagas otra cosa en todo el día.

De su boca vuelve a salir otro hilo de humo, como una prolongación de sílabas, tal vez palabras, que forman parte del diálogo, ese que ya no existe entre líneas, sino más allá de ellas. Y ahora sí queda suspendida su mirada intensa y felina sobre su secretaria personal, la mujer que nunca ha dejado de estar a su lado, quien mejor que nadie sabe de sus soledades íntimas cuando ya es sencillamente Sofía y no la gerente del Grupo Martín-Santos.

—Quiero que lo llames a su casa y al móvil en todo momento hasta dar con él.

—Pero... ¿ocurre algo? —pregunta con cierta inhabilidad, sin saber muy bien cómo reaccionar ante esa petición cargada de desasosiego—. ¿Qué ha pasado, Sofía? —requiere abandonando el papel de secretaria para regresar al de confidente y amiga.

—He recibido esto... —contesta, manteniendo en la pantalla del ordenador portátil su mirada verde perdida.

Eva Martos se acerca prudente hacia la pantalla del ordenador. Lee el mensaje. No sabe bien qué decir.

—Estoy harta de sus bromas.

—Sofía, no sé de qué va todo, y seguramente tengas razón, pero y si...

—Y si ¿qué?

—Pues que igual se trata de algo serio, no sé...

—¿Qué quieres decir con eso? —Se genera un tenso silencio—. Eva, esto es muy típico de mi hermano, ya lo conoces.

—Creo que deberías llamarlo tú —se atreve a sugerir.

—Me importa una mierda lo que creas. Ya has escuchado lo que quiero que hagas, Eva —resuelve contundente y tajante al tiempo que apaga con fuerza el cigarrillo en el cenicero.

—Conmigo no tienes por qué ser así.

Las palabras han salido suaves y concisas por su boca, de un modo tal que algo en la mirada de Sofía parece darle la razón a su secretaria y amiga.

—Sofía, de verdad, creo que deberías hacerlo tú. Al fin y al cabo...

—¡Vale, perfecto, muy bien! —contesta tajante, y retomando ese tono casi violento desde donde se siente siempre fuerte y a salvo—. ¡Se lo puedo pedir a otra persona! ¡Solo en esta planta creo que tengo a veinte personas a sueldo que pueden hacerlo!

Eva Martos queda por un instante enmudecida; luego, una ligera y nerviosa sonrisa sucede en su casi trémulo rostro, la misma sonrisa de quien solo paga con amor las constantes desconsideraciones del otro.

—Ya lo llamo yo. No te preocupes —dice volviendo a asumir su papel de resignada secretaria—. Ah, y feliz cumpleaños.

—Gracias —contesta de un modo seco tras mirar a su amiga y confidente un par de segundos.

Con el mismo pensamiento de innumerables ocasiones, ese que le recuerda lo insoportable que se está volviendo su amiga con el tiempo, abandona ese despacho para intentar desde el teléfono de su mesa conectar en Madrid con el hermano de su jefa.

En ocasiones, los despachos aumentan o reducen sus tamaños. Depende ese cambio de los estados de ánimo de sus ha-

bitantes. En eso mismo piensa ahora Sofía, al verse nuevamente sola y tan pequeña ahí adentro, preguntándose por qué tiene que ser ante tanta gente, ante su gran amiga incluso, día a día tan Martín-Santos. La respuesta o no respuesta la cree encontrar en esos lienzos que recogen a los que la precedieron con ese apellido compuesto o impuesto: su padre y, por supuesto, su abuelo Jesús. Queda suspendida su vista en la escrutadora y fuerte mirada heredada de quien fundó ese imperio de construcción que ella ahora dirige. Seguidamente y con un presagio de turbación y de incredulidad vuelve a leer el *e-mail* de su hermano.

«Mi querida Sofía:

Creo que fue Hermann Hesse quien dijo que la función del poeta es ante todo la de recordar, la de no olvidar, la de conservar en la palabra lo pasajero y conjurar lo pasado. Trataré, pues, de cumplir humildemente esa función.

Cuando leas estas líneas que hoy mismo escribo haciendo esfuerzos para que no tiemble la mano y no precisamente por el posible vértigo del momento, cuando tu mirada centre su atención en esto que te escribo, solo te pido un favor, una pequeña cosa que nunca en vida te pedí tal vez por falta de tiempo: necesito, te ruego encarecidamente, que apagues esos dos móviles que siempre van contigo, que le pidas a tu secretaria que no te pase llamadas, que desconectes del mundo de ahí afuera o de ahí adentro. Hazlo, por favor, hasta que concluyas las páginas del archivo adjunto. Lee ese texto. Léelo sin que nada ni nadie te interrumpa hasta el final. Te pido la atención total y plena, querida hermana. Y no, no pienses que se trata de un juego de los míos. No, no pienses eso. Quien esto te pide ya no tiene tiempo para bromas ni juegos. Solo para la nada, que es el infinito».

Las palabras vienen acompañadas de un archivo adjunto, en efecto. Tras pensarlo unos segundos, lo abre y continúa leyendo.

UN DISCURRIR DE PEQUEÑAS PARCELAS DE HUERTA, DE CASITAS de cal aisladas y envueltas en una ligera bruma con tintes celestes, sucedían como preámbulo al antiguo cauce del Turia. Detrás de ellas comenzaban, como una amenaza las grúas gigantescas, los nuevos desafíos de cemento y hierro. Era la conocida y gigantesca maraña de hierro y ladrillo pretendiendo desafiar a los cielos o tal vez a los dioses, con el reconocible cartel del Grupo Martín-Santos. En ese mismo momento, escuché el aviso de la inmediata llegada a la estación del Norte de Valencia.

A escasos minutos de las 12 de la mañana del 1 de septiembre del 2005, justo hace un mes, un palpitar de memorias y de certezas acontecía en cada rincón de mi alma. No llevaba equipaje conmigo. Tan solo una bandolera de cuero viejo. Aquella que me regaló el tío Santi. No sé si te acordarás. Llevaba en ella algún cuaderno para tomar notas, la pluma Cross de papá, una botella de agua de medio litro que había comprado en el vagón cafetería, el billete de regreso a Madrid por la tarde de ese mismo día y, por supuesto, algo que más tarde te pretendería dar, pero que más o menos previsiblemente rechazarías.

Llevaba conmigo también una edición de bolsillo de *La broma*, de Milan Kundera. Justo a la entrada del tren en Valencia, subrayé con lápiz un párrafo que me llamó la atención: «No hay nada que una más rápido a la gente —aunque solo sea en apariencia e ilusorio— que una comprensión mutua triste y melancólica».

El tren Alaris discurría ya lento por la vía número tres de la estación. Concluí la lectura de esa página. Coloqué el separador en la siguiente y guardé el libro en la bandolera. Algunos pasajeros se apelotonaban ansiosos en el pasillo, esperando la apertura de puertas. Yo todavía quedaba sentado en mi asiento pegado a la ventanilla. Cuando los pasajeros comenzaron a desalojar el vagón y el pasillo quedó libre, me levanté y me dispuse a bajar al andén.

La estación del Norte palpitaba velocidades, pausas, despedidas y reencuentros bajo la techumbre verde de hierro y tiempo. El reloj marcaba casi las doce horas de una mañana calurosa y ciertamente húmeda. Esta era la primera vez que regresaba a Valencia. Calculé entonces que no te había visto desde hacía tres años.

Recuerdo que dirigí mi mirada hacia la maraña de hierros y uralitas del techo de la estación donde una paloma se esforzaba con dificultad en encontrar una posible salida. Se daba golpes en varios rincones. Recuerdo esa imagen de especial manera, mientras iban quedando atrás las voces de megafonía avisando a los pasajeros de la llegada del tren de «*Quart de Poblet, per via set, sector c...*». Recuerdo también que, todavía dentro del edificio vanguardista que tanto gustaba a papá, había un nutrido número de estudiantes francesas en plena y envidiable risa, como fuentes renovadoras de vida, con sus mochilas y caras llenas de apetito de mediterránea aventura. Crucé entre ellas y pude percibir que comenta-

ban sobre mí en tono de burla. Les sonreí. Porque ya ni siquiera eso que tantas veces me dolió de niño me importaba ahora.

Atravesé el *hall* dejando atrás las taquillas con cubierta de madera y mosaico de cerámica. Y, al salir de la estación, sentí esa alegría con la que suele presentarse Valencia. Con ese ruido y esa luz que invitan al buen humor. Y yo necesitaba mucho de eso esa misma mañana.

Alcancé la verja metálica y me detuve unos segundos para plantearme cómo ir rellenando las horas que quedaban hasta mi reencuentro contigo. No sabía en ese momento que un viaje infinito me aguardaba en aquella ciudad mía, o más bien tuya, mientras mis pasos comenzaban a dibujar un recorrido cualquiera. El tráfico de la calle Guillem de Castro vibraba plétórico. En lo alto del edificio de enfrente, el Ave Fénix continuaba un año más sin despegarse de la Unión ni de aquella perfecta azotea. Ese tipo de edificios que tanto gustaban al abuelo Gabriel y que tantas veces el abuelo Jesús derrumbó para continuar con su empeño de una ciudad desigual a costa de inundar sus arcas, las arcas de los poderosos Martín-Santos. Pero no nos desviemos de momento del recorrido.

El semáforo de peatones cambió a verde y continué mi camino por Marqués de Sotelo, pegado a la valla del Instituto Luís Vives. Al dejarlo atrás, y con cierta pesadosa sonrisa, contemplé la entrada, de estructura funcional y rotunda, de la Agencia Estatal de Administración Tributaria. Junto a ese mismo lugar, tiempo atrás, se encontraba el maravilloso Cine Rex. Aquel templo de tantas tardes inocentes de domingo con sabor a palomitas, Fanta de naranja, turrón Viena Meivel y Peta Zetas. ¿Recuerdas la de veces que fuimos al Rex con los papás? En su origen, el Rex, que tanto nos gustaba, fue un importante teatro, querida hermana. Pero mu-

cho más importancia tuvo como cine. En los años cuarenta encargaron su renovación, para tal fin, al arquitecto Javier Goerlich —con el que más tarde el abuelo realizaría muchos negocios—. Querían el mejor cine, no ya de Valencia, sino de toda España. Y vaya si se consiguió. Se convirtió en todo un referente con su fascinante fachada y su interior repleto de detalles lujosos y estilo neobarroco. Contaba con una enorme lámpara central, ¿la recuerdas? Estaba inspirada en *El fantasma de la Ópera*. Su capacidad era de casi mil quinientas personas. En diciembre de 1945 se abrió al público con una película maravillosa, *Siguiendo mi camino*, un drama ligero sobre un cura y su actividad a favor de su parroquia —un título muy propio para la época, por cierto—. Pero lo que hizo al Rex tan querido y recordado en la ciudad, durante muchos años, fue la reposición de *Lo que el viento se llevó*, la película favorita de la abuela Teresa. La vio por primera vez en el mismo Rex, junto al abuelo Jesús. A ella le gustaba mucho llevar a papá y a los tíos a ese mismo cine cuando eran niños. Mamá también fue alguna vez con el abuelo Gabriel. También los papás vieron en el Rex *Los girasoles*. Su primera película juntos.

Fue ella misma, la abuela, quien me contó esta y tantas otras historias. Igual, si tú hubieras escuchado esto, si hubierais visto su cara llena de ilusión y felicidad al recordar aquel cine, aquella época, no habríais permitido su definitivo cierre.

Pero sigamos. Seguí caminando y, en un par de minutos, me encontré junto al ayuntamiento que mantenía su protagonismo en la plaza, con ese balcón sobresaliente sobre la puerta principal donde las falleras mayores marcaban anualmente el inicio de cada *mascletá*, durante los alocados y tradicionales días de Fallas, junto a los acólitos anónimos a la

caza de otra foto «festera» con el sonriente alcalde de turno o alcaldesa.

Recordé el día en que tú misma subiste allí como la Fallera Mayor Infantil, toda inocente y pletórica. Y recordé también cómo pudiste haber sido Fallera Mayor años después, pero regresar a las peinetas y las sedas fastidiosas era algo que ya no te apetecía, y por eso el abuelo Jesús no intercedió con el presidente de la Junta ni con el alcalde de entonces, como había hecho cuando eras más pequeña.

Frente al ayuntamiento, en la misma plaza, las floristerías rodeaban la explanada rezumando un fresco aroma a fingida primavera. Junto a ellas había bancos discretamente colocados bajo débiles sombras. Y, como necesitaba descansar, me senté en uno de ellos. Ya sabes, mi pierna izquierda enseguida se resentía.

Todavía me quedaba algo de agua. Concluí de un sorbo la botella, contemplando el horizonte, justo donde la fuente despedía distintos ramajes de agua intensa junto a las palmeras. La quietud o el sueño diurno de las farolas pesaba sobre las soledades de ciertos ancianos que revisaban seguramente sus memorias. En ese mismo momento en el que partículas de luz restallaban en el salpicar lejano de la fuente, me dejé llevar por otro instante claro y diamante, fresco y húmedo, infantil e imposible, que acontecía a una distancia de tres décadas, en otra jornada en la que también hacía calor y los rayos del sol se estrellaban contra los aspersores emitiendo entonces lucecitas mágicas que tú y yo entendíamos entonces como hadas. Acudió a mí nuevamente el recuerdo de aquella jornada. Las imágenes dulcificantes y tan bellas. Tú y yo entonces con algo más de cinco años. Nuestros pies perfectamente desnudos, morenos y humedecidos por el césped que recorríamos y que en ese mismo momento estaba siendo in-

vadido suavemente por una coreografía de aguas estratégicamente establecida desde los aspersores. Esos mismos chorros de agua rebotaban con energía contra las palmeras que nos rodeaban, contra nuestras espaldas, contra nuestros pechos y rostros de niño y niña. Los pequeños mellizos jugaban al escondite y al «tú la llevas».

Sí, corríamos como elfos. Saltábamos como duendes. Yo podía hacerlo con esa edad, hasta esa misma mañana en la que tú intentabas llegar a mí, pero no me alcanzabas. Y por eso yo reía; recuerdo esa risa henchida que nunca más regresaría a mi boca ni a mi pecho, nunca jamás, como un Peter Pan libre y poderoso al tiempo que gritaba decenas de «a que no me pillas, Sofía, a que no me pillaaas, nananananaaaa...».

Recordaba esa vez última de posibilidades infinitas con mis piernas armónicas y fuertes y mi risa límpida e infantil. El regreso de mis ensoñaciones se fusionaba con las risas, gritos y «a que no me pillas» de otros niños corriendo súbitamente en ese mismo presente, treinta años después, por la explanada de la plaza del Ayuntamiento. Así que con una lentitud justificada que pesaba como siglos cuando, paralelamente, se presentaban esas imágenes, me levanté del banco y continué con mi leve o no tan leve cojera. Y avanzando con la morosidad habitual de mi torpe paso por la explanada peatonal, recordé al abuelo Gabriel porque se recuerda a los ausentes de maneras curiosas y aleatorias.

Me cruzaba en ese mismo instante con él, cumpliendo su oficio de vigilante nocturno, en una época en la que otros guardas con uniformes grises y porras de oscuro cuero corrían detrás de los jóvenes universitarios que clamaban por un cambio necesario. Porque mientras con cinco años jugábamos tú y yo a perseguirnos, querida hermanita, en las calles de este país en permanente confrontación, la policía perse-

guía a porrazos a los universitarios y librepensadores, de un modo gris y bien alejado del concepto de juego de nuestros «a que no me pillas». El abuelo Gabriel vestía también con similar uniforme, pero nada tenía que ver su cometido con el de «los grises». Era entonces vigilante, así denominaban a su trabajo. Y los vigilantes habían heredado las costumbres y formas de los antiguos serenos, que hacían ronda nocturna por zonas de la ciudad asignadas, donde tenían incluso las llaves de las propias viviendas por si se necesitaba su ayuda.

Era la de aquel entonces una época de ignorancias, pero también de inocencias en las calles, incluso sin asfaltos, de las provincias; en los barrios de canicas y cromos, en los bares donde se mezclaban las peñas de fútbol y toros, los jubilados que jugaban al mus o al dominó, los policías y los quinquis, los niños que entraban corriendo y driblando gritos, sonidos de las máquinas de petacos y los futbolines, y la densa humareda de tabaco negro, hasta alcanzar unos duros del abuelo a cambio de que depositaran un beso en su arrugada mejilla.

Era la época de los salones de las casas iluminados en la noche por esas pequeñas imágenes en blanco y negro de las series *La casa de la pradera*, *Kung fu* o *Curro Jiménez*, de los SEAT 600 blancos o de los 850 crema en cuyo interior, sintiéndose invencibles, tantos y tantos jóvenes enamorados, de corazones ingenuos y sencillos sueños, ejercían su amor en las dunas y pinares de El Saler con canciones del Dúo Dinámico, Rita Pavone o Nino Bravo. Era el año setenta y cinco del siglo pasado, el último momento de la tarde que precedía a otra noche más en calma y pausa. Trata de imaginarlo. Es fácil si te has dado al tiempo del silencio. Si has desconectado los teléfonos y has cerrado las agendas. ¿Lo has hecho? ¿No? Venga, hermana, despréndete de ti misma un momento. Vamos, So-

fía, hazlo, ¿qué más da vender hoy cien apartamentos más o cien menos?, ¿qué importancia tiene la inmediata compra de ese inmenso terreno de cañizos junto al mar que será perfectamente recalificado, una vez te pertenezca, para la creación de doce torres de treinta o treinta y cinco pisos? Si no es hoy, lo tendrás mañana. Ellos te esperan. Solo te esperan a ti. Se lo deben a papá. Se lo deben, sobre todo, al abuelo Jesús. Venga, vamos, hermanita. Solo el día de hoy, solo en esta jornada. Verás cómo merece la pena. Verás qué fácil es imaginarse al abuelo Gabriel caminando firme y enjuto, fumando un Ducados y sosteniendo en su mano uno de los tomos de *La vuelta al mundo de un novelista* de Blasco Ibáñez. Como no ha podido nunca moverse de Valencia, nuestro abuelo continúa viajando con don Vicente y con tantos otros autores en cada una de sus jornadas nocturnas, cuando toda la Gran Vía parece dormida y tiene un descanso bajo alguna farola. Es entonces cuando se sienta en un banco, esperando las primeras luces del alba, trasladándose a otras geografías y tiempos con la ayuda de otro libro. En esta ocasión volverá a la dulce esfinge de Kamakura, un pueblo japonés de origen divino, según Blasco Ibáñez, con veinticinco siglos de existencia. Es en ese capítulo donde ha dejado su sistemático y particular marcapáginas. Esa quiniela semanal que nunca alcanzará los catorce aciertos.

Si lo intentas, estoy seguro de que puedes verlo. Figúrate que consulta con aire insustancial el reloj de su muñeca, aquel reloj dorado con funcionamiento a cuerda, con la correa gastada, y que contrasta la hora con la que marca el soberano reloj del ayuntamiento. Ambos sintonizan matemáticamente. Así que el abuelo sonríe por ello y continúa su paso con aquel característico *traileriro-trailará* que tanto nos hacía reír. ¿A que lo ves?, ¿a que lo estás viendo? Pues claro que sí. Lleva

puesta la gorra del uniforme y la hebilla del cinturón pulcra como su rostro afeitado. Deja tras de sí un aroma a tabaco negro y colonia fresca familiar de esas que se compra, en botella económica de un litro y de plástico, en el supermercado de su barrio.

Casi treinta años después, en el mismo lugar de entonces, yo mismo cruzo con mi ligera cojera junto a un anciano que también fuma un Ducados mientras contempla con la mirada perdida posiblemente aquellos años u otros mucho más lejanos. Es sencillamente el aroma de ese mismo tabaco negro. Es tal vez ese cabello gris también peinado hacia atrás, como se peinan todos los recuerdos. O es la memoria que traviesamente nos regresa a otros tiempos. Sí, puede que sea eso. Como cuando, furtivamente, nos quedamos reflejados unos segundos en un cristal o espejo en la calle con el que no contábamos. Y en ese infinito reflejo adivinamos en nuestros rostros otros rostros que a su vez nos preceden o acompañan. El de los papás, por ejemplo, con otras edades anteriores. Y ese instante provoca otro viaje hacia lo pretérito. Eso me pasó justo al pasar junto al enorme cristal que me impedía contemplar el interior de la sucursal del Deutsche Bank, donde se inicia la calle de las Barcas, pero que me permitía con creces adivinar el severo y rotundo rostro de papá en mi mismo rostro, suspendido en ese devenir de gentes anónimas y más o menos grises a esas horas. Pensé entonces que tú sí que constantemente te pareciste a papá y al abuelo Jesús. Pero yo, que siempre me parecí a mamá y al abuelo Gabriel, en cambio, a medida que iba sumando vida, pesares, años, iba mutando mi parecido curiosamente más a papá también. Sí, cada vez que se acumulaban los años, el tiempo, la vida o no vida, la evolución de mi rostro avanzaba en dirección al rostro que poseyera él. Y, por tanto, curiosamente al tuyo.

Cada vez me parecía más y más a ti. ¿No lo notabas tú, Sofía? ¿No sentías como si nuestros rostros se fuesen acercando como dos astros todo el tiempo diferentes y que en un momento determinado del cosmos se acercarían a un parecido como si de un exacto eclipse se tratase, como si en ello hubiese un mensaje por descifrar, una señal, un presagio?

No sé tú, pero yo recuerdo a papá con el pelo negro. Ya sé que murió con el pelo gris y escaso. Pero yo lo recuerdo con el pelo oscuro. Y con una mirada de selva verde almen drada que se tornaba color caramelo según cómo se reflejase la luz del día. Igual que te pasa a ti. Esa mirada era una herencia directa de la mirada de su padre, el abuelo Jesús. Tu misma mirada hoy, Sofía. Y también en ella vas forjando esa misma melancolía que tenía indudablemente la mirada de papá, la mirada última del abuelo Jesús. Yo, en cambio, heredé sin duda la mirada de mamá, que a su vez era la del abuelo Gabriel. Una mirada incisiva, tierna y oscura, coronada por unas cejas de poderosa arcada, bien pobladas. Tú adquiriste la mirada verde y afilada de papá, y tantas y tantas otras cosas de él. Yo la mirada negra del abuelo Gabriel, y tantas y tantas otras cosas tuyas. Eso pensaba también durante los segundos en los que me quedé suspendido en el tiempo, ajeno a él, al contemplar mi reflejo o el reflejo de todos vosotros una vez más. Escuché el claxon de un vehículo entrando en la calle de las Barcas. Regresé de mis ensoñaciones. Ya solo me encontraba yo en el cristal.

Aquella mañana vestía, como siempre, de un modo oscuro. Eso sería lo primero que me reprocharías unas horas más tarde. Porque siempre me reprochasteis todos mi forma de vestir como ocultándome de todo y de todos, decíais. Continué mi camino. Sí, mi vestuario granjeó no pocas burlas y opiniones encontradas, sobre todo, en familia. Mi vestuario

y mis ideas, no muy propias en un niño de burguesía alta y provinciana. Caminaba pensando en esos segundos en los que de nuevo regresé a papá, y a los abuelos, a mamá, e incluso a ti, Sofía, hermana. Esos segundos que pesaban cada día como cien siglos sobre mis hombros. Arrastraba el peso de la memoria toda, con sus análisis constantes, con su comprensión redonda cuando ya quedaba poco para verte y todo pronto estaría o no estaría en su sitio, de una forma definitiva.

La lectura del texto es detenida debido a la repentina y nueva entrada de Eva Martos. Sofía regresa de golpe de ese viaje en la emoción y en el tiempo.